

# Ellas

Patricio Flores



# Capítulo 1

## Ellas.

—Es el tercer caso en lo que va del...

—Cuarto.

—¿Cuarto ya? ¿Ve? En lo que va del invierno es el cuarto caso —aseveró el hombre vestido de impermeable amarillo. Al igual que su compañero con la única diferencia que este último llevaba un gorro de lana bajo la capucha del impermeable y que le cubría hasta la mitad de los ojos.

—¿Y ella? —preguntó López y los tres dirigieron toda su atención a la mujer sentada en la orilla de la playa y que miraba con expectación al mar.

—Está hace días así. Como si estuviese esperando algo —dijo el de gorro de lana.

—¿Cuál es su nombre?

—Carolina... no, Claudia... mmm Carmen... ¿tú te acuerdas Moncho?

—Camila creo que era —respondió sin ningún convencimiento su compañero.

—Pero vaya a preguntarle, amigo. Acérquese. Hasta ayer no mordía —agregó y se rió atropelladamente mirando a su compañero que no lo acompañó en su intento de humor.

—Gracias caballeros —respondió López con solemnidad y se alejó de los dos pescadores.

El día estaba cubierto de nubes, en un gris opaco que lo envolvía todo y caía una abundante garuga que la brisa marina hacía que se estrellara de lado en la cara del periodista.

Llevaba en la mano izquierda un paraguas que a esas alturas ya no servía para nada y de su hombro derecho colgaba un bolso de cuero café donde tenía guardada su libreta de notas, un par de periódicos, una laptop pequeña y una grabadora que esperaba no tener que sacar en esas condiciones climáticas.

—Hola, buenas tardes —dijo alzando la voz al lado de la muchacha.

—Hola —respondió ella sin dejar de mirar al mar.

—Mi nombre es Gabriel López y soy periodista del diario el in...

—Hola, Gabriel —lo interrumpió la mujer —supongo que no vendrá a hacerme las mismas preguntas que todo el mundo me hace ¿verdad?

Gabriel se descolocó. Como si ella pudiese leer su desconcierto, giró su cabeza y lo miró por primera vez.

—“¿Qué hace aquí?” o “¿Qué está esperando?” —dijo con toda calma casi esbozando una sonrisa. Tenía los ojos pardos y el pelo rizado pero tomado en una cola de caballo a medio desarmar.

—No puede culparlos por eso.

—No lo sé. Solo pensé que sería más original.

—Mi pregunta iba a ser: ¿Cuál es tu nombre?

—Algo más creativo —dijo sonriendo y agregó: —Me llamó Cathy.

—Cathy —balbuceó López recordando la pésima memoria de los pescadores.

—Siéntese —lo invitó la muchacha.

López depositó sus cosas en la arena y se sentó a su lado. La muchacha no debía tener más de 25 años, irradiaba una paz y tranquilidad que por mucho tiempo marcó a Gabriel.

—¿Por qué está aquí?

Ella sonrió algo avergonzada y volvió a fijar su vista en ese eterno espacio azul que rugía sin misericordia.

—No sé. De verdad no lo sé. No sé qué hago aquí o porque sigo sentada en el mismo lugar. Solamente me desperté un día y supe que tenía que venir.

Gabriel la miró simplemente y comenzó a jugar con la mano derecha con

la arena húmeda y helada.

—No tengo familiares que hayan desaparecido en el océano, ni siquiera estoy esperando a un amor. Solo siento que necesito estar aquí.

—Entonces sí está esperando.

Ella pareció pensar en la respuesta.

—Sí, espero algo que aún no sé lo que es. ¿Le ha pasado alguna vez, periodista? Sentir algo que desafía la lógica. ¿Como si su mente dijera que no, ándate, pero su corazón le dijera quédate?

Gabriel miró junto a ella el mar como buscando una respuesta que no estaba allí sino dentro de él.

—Como el amor.

—Tal vez —dijo ella. —Tengo frío, creo que me iré un momento. —agregó Cathy que solo vestía un delgado chaleco, jeans azules y zapatillas blancas.

—Quisiera hacerte unas preguntas antes de...

—¿Antes que desaparezca como las otras mujeres?

Gabriel guardó silencio. Ella lo miraba ya de pie.

—Vivo en la Villa Prat —concluyó y se fue cruzando los brazos lentamente por la playa.

Cuando Gabriel llegó a la residencial donde se alojaría por un tiempo que no pudo determinarle a su dueña, verificó por enésima vez en su laptop toda la información que había reunido de las desapariciones ocurridas en las costas de la octava región en el último tiempo. Todas mujeres de entre los 22 y 45 años. Sin nada en común salvo su género y el hecho de que previo a sus desapariciones, se les viera sentadas en la arena mirando perdidamente el velo azul del mar frente a ellas. Ninguna pudo explicar con cierta lógica que hacía ahí. Menos el por qué ni a lugareños o siquiera a sus familiares y amigos.

Posterior a ello desaparecieron sin dejar huella. Laura de 42 años fue el primer caso. Catalogado como potencial suicidio que a nadie que no fuese su familia, pareció difícil de suponer. Dos semanas después fue Teresa de 37 años, a 55 kilómetros de distancia. Dos casos tan parecidos era extraño. Cuando desapareció Paloma de 28 a 110 kilómetros del segundo caso, pocos vieron un patrón y esos pocos se hicieron escuchar. Uno de los que prestaba atención fue Gabriel López, periodista del sitio de

internet "El Inquisidor" lugar de poco renombre y bastantes prejuicios debido a su fama por noticias poco tradicionales.

Catherine Gutiérrez podía ser el cuarto caso y Gabriel fue lo suficientemente astuto y rápido para llegar al pueblo apenas enterado del comportamiento de la chica alertado por varios pescadores.

Definitivamente algo estaba pasando y todo apuntaba al mar. Ni siquiera era un punto exacto sino que se entendía por cientos de kilómetros.

Gabriel miraba las fotos de las 3 mujeres en su computador preguntándose que podían tener en común y que razones podrían haber tenido para suicidarse saliendo al encuentro con el vasto océano. Así mismo cerró los ojos para recordar la sucinta imagen que había obtenido de Cathy. Su tranquilidad enfrentada a una tarde fría y húmeda y el mar rompiendo filas en la orilla de esa playa, era desconcertante. Le pareció que la chica tenía un secreto tan bien escondido de todos que nada externo podría afectarla, nada ni nadie. Era como si estuviese escuchando una melodía que ningún otro ser podía escuchar. Ella estaba escuchando. ¿Pero escuchando qué?

López, frustrado, dejó el computador a un lado y se paró de la cama. Iba en dirección al baño cuando dos golpeteos a la puerta de la habitación lo interrumpieron. Fue a abrir con pasos cansados pensando que era la dueña del lugar.

—Hola periodista —dijo Cathy frente a él con la mayor naturalidad del mundo. Su pelo rizado estaba suelto y caía libre por sus hombros.

—Hola...—respondió desconcertado y quedó inmóvil.

—¿Me va a invitar a pasar o...?

—Sí, claro. Adelante —atinó a decir —perdón por el desorden —agregó mirando el desconcierto en su cama. Tomó la única silla que tenía el lugar.

—Por favor, siéntate.

La chica lo hizo como parecía hacerlo todo, en total paz.

—Pensaba ir por la mañana a entrevistarte pero...

—Pero preferí venir antes —lo interrumpió.

—¿Pasó algo? —preguntó López con preocupación y se sentó en la

orilla de la cama y frente a la muchacha.

—No sé realmente por qué vine

—¿Sabes algo acaso?

Ella suspiró.

—Últimamente tengo muchas sensaciones y pocas las puedo explicar.

—¿Sensaciones sobre qué? ¿El mar?

—Sí, del mar —recalcó— y tenía la sensación de que debía venir hoy.

—¿Alguna idea del por qué?

Ella pareció pensar en su respuesta y en cómo expresarla.

—Parece que estuvieras escuchando o más bien, con deseos de escuchar.

López sintió una extraña sensación en el pecho, como si lo que acababa de decir la muchacha hubiese tocado una tecla de una nota sensible pero olvidada.

Cathy pareció reconocer el estremecimiento del hombre y agregó:

—Hace unos meses conocí a una mujer muy sabia que me enseñó a respirar.

López aun abstraído asintió.

—Me mostró lo fácil que es, mira —dijo y se acercó a López tomándole ambas manos. Ello terminó de despercudir al periodista.

—Pon tus manos aquí y siente —llevando las manos del hombre hasta su propio estomago. —Respira y siente como se mueve al inspirar.

—López lo hizo.

—¿Qué sientes?

—Un segundo de paz.

—Cierra los ojos y respira. Solo eso.

Al hacerlo López escuchó. Su respiración pesada, el estomago contrayéndose y relajándose y sus ojos pegados sin querer abrirse ni por un segundo. De súbito, algo lo perturbó, un zumbido que no supo distinguir y que crecía dentro de sí. Abrió los ojos repentinamente, la chica aun estaba frente a él mirándolo. Todo estaba en su lugar, la diferencia es que como producto de un impulso él supo qué hacer. Se puso de pie y fue directo al velador, a un costado de la cama. De su superficie tomó su celular y de un impulso saco del enchufe de su computador que yacía en la cama, tomó el aparato y junto con ellos salió de la habitación raudo.

—Voy a dejar esto con usted. Espero que no le moleste — le dijo a la dueña de la residencial sentada en el living de la casa y sin esperar respuesta alguna le dejo todos los aparatos sobre la mesa del comedor.

—¿Qué le paso? —le pregunto Cathy al verlo reaparecer.

—No me dejaban —respondió y volvió a sentarse en la orilla de la cama. Enderezo su espalda y volvió a cerrar los ojos. Las manos de la chica en las suyas, estas en la boca del estomago y después de un indeterminado tiempo la escuchó.

—Solo te escuchas a ti mismo. El resto no existimos Gabriel. Tú y tu maldito trabajo —la voz de ella era inconfundible. Tenía razón. En ese tiempo no podía ni quería escuchar nada más y a nadie más. Sin verla, en la oscuridad en la que estaba sumido, quiso decirlo “Lo siento” y que ahora podía entender todo pero a quien vio en la penumbra fue a si mismo sonriendo de vuelta justo cuando todo volvió a ser luz.

Se encontró durmiendo en el suelo y con la luz del día perturbando su rostro descompuesto. No había rastros de Cathy. Estaba solo en esa habitación.

Salió disparado del lugar hasta dar con la dirección de la muchacha en la villa Prat.

—Cathy no aparece desde ayer en la tarde.

Le dijeron desde su casa. Temió lo peor. Y con los días el temor de hizo una realidad. La muchacha no volvería a ser vista. Durante semanas, López cuestionó si debía haber contado lo sucedido en la residencial porque al parecer fue el último en verla. Pero no lo hizo. De alguna forma supo que eso es lo que habría querido la muchacha.

Pasaron los meses y no se reportó ninguna otra desaparición. A López no le extraño y sintió que Cathy era la última que había concurrido a un

secreto llamado.

Por 4 años no paró de investigar y contar a quien quisiese escuchar o leer, la historia de las 4 mujeres desaparecidas en la octava región y su extraña e inexplicable conexión con el mar. Teorías tenía muchas pero solo se quedaban en eso y cambiaban de vez en vez. Lo que quedó fue la necesidad de cada día cerrar los ojos y respirar por si llegaba a escuchar algún llamado como lo hiciesen las mujeres, sin embargo no pudo y en cambio se escuchaba a sí mismo, a sus ángeles y demonios y eso llegó a valorarlo.

Una tarde se septiembre decidió volver a la playa donde había conocido a Cathy. Se sentó en la orilla y miró al mar. Cerró los ojos y la escuchó.

—Hay muchas cosas que quiere contarnos

Distinguió con claridad total. Abrió los ojos y frente a él estaban las 4 mujeres con el mar calmo y brillante de ese día soleado, tras ellas.

Cathy le sonrió. Estaba igual que hace 4 años.

—Gracias por escucharlo y escucharnos —dijo y el mar rugió con fuerza feroz porque algo nuevo se iba a revelar.

*FIN...*